

- Título del cuento: **EL COLLAR DE IXCHEL**
- Nombre y apellido del/de la autor/a: **Aitana Egle Ferreyra Denz**
- N° de DNI: **46549360**
- Escuela a la que concurre: **Colegio Universitario Central Gral. José de San Martín**
- Año o grado que cursa: **5°AÑO**
- Localidad y provincia: **Mendoza, Mendoza**
- Correo electrónico de la escuela: **cucentral@uncu.edu.ar**

EL COLLAR DE IXCHEL

El impulso de la humanidad por dominar las energías del cosmos no tiene límites. En el año 2571, el equipo científico de la multinacional StellarHarvest había concebido un plan audaz: extraer energía aprovechable para una nueva generación de naves espaciales. Para ello, se utilizarían agujeros negros de Kerr. Estos se caracterizan por tener una singularidad central rodeada por una región denominada ergosfera, de la cual la luz puede escapar. Creían que esta fuente podría resolver los problemas energéticos del mundo y llevar a la humanidad a una nueva era de prosperidad.

El pequeño Xavier Reed, con tan solo 6 años de edad, paseaba por las luminosas calles de NeoTerra, su ciudad natal donde había crecido junto a su madre, Sarah, una destacada doctora en física y astronauta. Estaba en busca de un regalo especial para el Día de las Madres. Intrigado por la diversidad de objetos en una tienda de antigüedades, examinó detenidamente libros y portarretratos hasta que un colgante singular capturó su atención. Era una piedra circular de un azul profundo, suspendida en un cordón rojo, con dos espirales finamente talladas, una blanca y otra negra, que se enroscaban en direcciones opuestas. Xavier se sintió aún más emocionado al comprobar el precio de la joya y se dirigió decidido al mostrador.

-Veinte, cuarenta, cincuenta- Contaba con orgullo, mientras entregaba su dinero al amable vendedor.

Finalmente, adquirió el colgante que tanto le había llamado la atención. Llegado el ansiado Día de las Madres, Sarah le anunció a Xavier una emocionante noticia: sería parte de una de las misiones espaciales más trascendentales en la historia de la humanidad. Con el corazón hinchado de orgullo y amor, Xavier realizó dos nudos en el cordón del colgante y le dijo a su madre que representaban sus almas entrelazadas, prometiendo que, aunque estuvieran separados por la vastedad del espacio siempre permanecerían unidos por un mismo vínculo.

Cuando terminó la construcción de una nave espacial especialmente equipada para enfrentar las condiciones extremas del espacio-tiempo cercano a la singularidad del agujero negro, la Dra Sarah Reed y su equipo decidieron emprender viaje. Así lograrían hacer mediciones sobre el ambiente, que ayudarían a la compañía a comprender mejor el terreno. Pero el destino tenía otros planes. Mientras la "Estelaris" se acercaba al agujero negro, un asteroide errante, atraído por la inmensa deformación en el espacio-tiempo, colisionó con la nave. El consecuente desvío de curso los arrojó hacia la temida singularidad. La tripulación miraba el abismo resignada a su destino inminente, sin embargo, en el último momento la Estelaris pasó rozando la singularidad, como si hubiera sido guiada por una fuerza invisible. En un instante, emergieron al otro lado, ilesos y sorprendidos por su inesperado destino.

-“Es alarmante que sigamos sin tener contacto con la nave, catastrófico, sí, pero era de esperar...”

Terminó de escuchar Xavier, con lágrimas en los ojos y el dedo índice a punto de apretar el botón de apagado en el control remoto. Su madre, con una sonrisa llena de promesas, le había asegurado que volvería con innumerables fotografías de su misión, y Xavier había ansiado cada una de esas imágenes como un tesoro que llenaría su vida de historias compartidas. Pero ahora, las fotografías y las historias que anhelaba se desvanecían en el abismo del espacio, junto con la esperanza que había mantenido durante tantos días y noches de espera. La pérdida de su madre era un dolor insoportable, una ausencia que le recordaría cada día lo efímera que puede ser la promesa de regreso en el vasto y misterioso universo.

Desde ese instante, pasaron años durante los cuales Xavier Reed se sumergió en el estudio profundo de la física cuántica y la intrigante paradoja de la información que envuelve a los agujeros negros. Estaba profundamente convencido de que la información de las personas que habían cruzado el misterioso horizonte de sucesos no se perdía

irremediamente, desafiando lo que dictaba el teorema del "no pelo". En lugar de eso, Xavier había formulado su propio teorema, el teorema del "sí pelo", sosteniendo que esta valiosa información quedaba grabada en la superficie del agujero negro.

Impulsado por la determinación de revertir el destino de su madre, Xavier había dedicado su vida a desarrollar supercomputadoras experimentales y tecnología de vanguardia. Su objetivo era claro: procesar la información que creía que podría devolver a su madre de las fauces del agujero negro. A pesar de la incredulidad de la comunidad científica y los riesgos que implicaba su búsqueda, el Dr. Xavier Reed estaba decidido a intentarlo. Equipado con su última y más avanzada nave espacial y armado con la teoría del determinismo cuántico, Xavier se preparó para embarcarse en un viaje osado y desafiante.

Lo que desconocía, era que su madre y toda la tripulación de la Estelaris habían estado vagando por el cosmos por más de 20 años. Llegaron a la conclusión de que estadísticamente, la colisión con el asteroide fue la mejor que podrían haber tenido. Aunque los dirigió hacia el centro del agujero negro, les dio la velocidad y la dirección exactas para poder rodear la singularidad y no quedar sometidos a la locura aleatoria que se presume escondida. No obstante, la preocupación de los miembros de la Estelaris aumentaba cada día, los recursos no alcanzarían para mucho tiempo más. El día 7394 mientras toda la tripulación dormía, Sarah divisó una estrella familiar y rápidamente se dirigió a ella. A medida que se acercaba sus sospechas se hacían realidad, rápidamente despertó a los demás y les dio la mejor noticia que habían escuchado en un largo tiempo:

-Muchachos, activen los protocolos de aterrizaje. Vamos a volver a casa.- Afirmó

Sarah

Aunque sus palabras sonaban decididas, en su mirada se reflejaba la incertidumbre sobre lo que el cosmos podría haber hecho en sus vidas durante su odisea en el espacio. Se prepararon para el aterrizaje, preguntándose cuánto tiempo habría pasado en la Tierra, ya que la relatividad del tiempo de los lugares desconocidos por los que habían viajado podría haber alterado drásticamente su percepción, convirtiendo segundos en décadas y décadas en segundos.

La Estelaris descendió lentamente a través de la atmósfera, la tripulación observaba con cautela a través de las ventanas, sintiendo la tensión en el aire mientras se acercaban al aterrizaje. A medida que la nave tocaba tierra, un suave temblor recorrió la cabina. El suelo bajo ellos se sentía extrañamente sólido y firme, pero era evidente que estaban en un lugar totalmente diferente al que estaban acostumbrados.

Lo que vieron ante ellos los dejó sin palabras. Un paisaje exuberante y enigmático se extendía hasta donde alcanzaba la vista. La vegetación deslumbraba con sus colores vibrantes, mientras las plantas exóticas tejían un tapiz de vida en todos los rincones. Al descender lentamente hacia el suelo, todos quedaron boquiabiertos al descubrir una gran pirámide escalonada que se alzaba majestuosamente ante ellos, sus piedras antiguas resonaban con el eco de los siglos. Miles de ojos curiosos, ocultos en las sombras de la selva, acechaban a la extraña nave que se posaba en su tierra. Parecían observarlos desde todas direcciones, como guardianes silenciosos de un tiempo olvidado. De entre la vegetación emergió un hombre alto y semidesnudo, vestido con atuendos que eran un estallido de color. Llevaba un bastón en la mano, tocados pectorales y orejeras ornamentadas que brillaban con tonos vivos y deslumbrantes.

-Ma'alob k'iin - Exclamó el misterioso hombre, con una mirada sabia y penetrante.

En ese momento las sospechas de Sarah se hicieron ciertas: el aterrizaje no solo los había llevado a un lugar desconocido en el espacio, sino también a un pasado muy lejano.

-¿Ixchel? - dijo una mujer de entre la multitud al ver a Sarah descender primero, y antes de que la tripulación se de cuenta todos estaban recibéndolos con una reverencia profunda y respetuosa.

Este encuentro significaría el comienzo de una amalgama entre dos mundos, unidos por un enigma que solo el tiempo podría revelar.

Sarah y su tripulación se sumergieron en el aprendizaje del idioma, la cultura y los saberes de los que luego supieron que eran mayas precolombinos. Contra todo pronóstico, la apertura espiritual de los mayas les permitió absorber no menos conocimiento que el que estos "seres de las estrellas" recibían. Sarah, como líder de la expedición, fue honrada con el nombre de "Ixchel" en reconocimiento a la diosa de la luna y la fertilidad. A medida que el tiempo avanzaba, la realidad de su situación se volvía innegable: estaban atrapados en el pasado, un lugar en el que no había camino de regreso al presente que conocían. Sin embargo, Ixchel comprendió que, aunque no pudieran volver, podían dejar un legado duradero. Fundaron escuelas y organizaron viajes estelares para los mayas a bordo de la Estelaris. Cada día se convertía en una oportunidad para tejer un puente entre dos épocas, dejando sabiduría y esperanza en el corazón de los mayas y en el cosmos mismo.

Los mayas, a su vez, les dejaron una enseñanza que resonaría en el corazón de Ixchel y su tripulación por el resto de sus vidas: el orden natural es un mandato sagrado y sublime, y el ser humano no es más que un modesto eslabón en la inmensa cadena cósmica universal. Les transmitieron la importancia de las leyes naturales que han existido eternamente y de resistir la tentación del poder y la ambición desmedidos, que a menudo conducen a la destrucción. Esta lección se convirtió en la guía esencial en su búsqueda de comprensión y armonía en ese mundo lejano en el que se encontraban atrapados.

Un día, mientras la Estelaris realizaba uno de sus viajes educativos, el detector de ondas gravitacionales captó algo que parecía imposible: ondas inusualmente grandes que veían de un tiempo lejano, sólo podían compararse con la explosión de una supernova. La sorpresa se apoderó de la tripulación, y todos se sintieron intrigados por esta anomalía cósmica. En lugar de acercarse de inmediato, decidieron estudiarla desde lejos, utilizando sus instrumentos para recopilar datos y entender mejor esta enigmática fuente de energía.

Xavier, una vez un científico prometedor, había perdido la confianza de sus colegas y la comunidad científica debido a los repetidos fracasos en su intento de rescatar a su madre de la singularidad del agujero negro. La incredulidad de los demás se volvía palpable, y sus experimentos y teorías eran cada vez más cuestionados. En un momento de ira y desesperación, recordó todas las promesas que había hecho y la fe depositada en él, lo que lo impulsó a seguir adelante a pesar de las adversidades. Estaba decidido a demostrar la validez de su teoría del "sí pelo" y a enfrentar lo desconocido para cumplir su misión.

Impulsado por su obsesión por recuperar a su madre, emprendió su peligroso viaje al espacio, su objetivo era establecerse a una distancia prudente del agujero negro y enviar una sonda para obtener lo que él llamaba el "código cuántico", un componente altamente sensible interconectado con la estructura misma del agujero negro que "atrapaba a su madre". Con cuidado y precisión, logró acceder al código mediante un rayo láser experimental cargado de fotones que emitía la sonda, sin embargo, debido a un error en sus cálculos, esto provocó una reacción inesperada. Los fotones ganaban demasiada energía al experimentar superradiación. Luego de unas horas, todos los fotones explotaron a la vez y liberaron energía masivamente, convirtiéndose en una *bomba de agujero negro*. Este cataclismo generó inmensas ondas gravitacionales que resonaron a través del espacio-tiempo, creando perturbaciones en el tejido mismo del universo.

La onda gravitacional expansiva se propagó con una fuerza abrumadora, sacudiendo inesperadamente a Xavier. Las alarmas parpadeaban frenéticamente mientras intentaba contener el caos. La nave sufrió daños críticos; los sistemas se volvieron inestables y comenzaron a fallar uno tras otro. En medio de la turbulencia, Xavier luchaba por mantener el control mientras las fuerzas desconocidas ejercían presión sobre ella. Los sistemas de navegación se volvieron inoperables, y aunque intentó realizar reparaciones de emergencia, la magnitud del daño era abrumadora, su nave estaba más allá de la recuperación completa. Con un destello de chispas a su alrededor, comenzó a perder altitud

rápidamente. En medio del caos, Xavier vio a través de la ventana una espesa selva que se acercaba rápidamente. Con hábil pericia, hizo lo que pudo para dirigir la nave hacia el único lugar que parecía ofrecer un posible aterrizaje seguro.

El descenso fue extremadamente turbulento, con la nave sacudida violentamente mientras atravesaba la atmósfera. Finalmente, con un impacto sordo y el sonido de ramas rompiéndose, la nave se detuvo en medio de la densa selva. Xavier se encontraba aturdido y desorientado dentro de la cabina. Había perdido completamente el control de la situación y no tenía idea de dónde se encontraba. Una selva lo rodeaba, tierra desconocida que se extendía en todas direcciones. Su aterrizaje forzoso lo había dejado varado en medio de un entorno hostil y desconocido, sin saber qué peligros o desafíos le aguardaban.

Durante meses, tuvo que adaptarse a la vida en la naturaleza, acampando y sobreviviendo gracias a los recursos que la selva le proporcionaba. Mientras luchaba por su supervivencia, Xavier tuvo tiempo para reflexionar. Se preguntaba sobre las consecuencias de su búsqueda y cómo la comunidad científica podría haber reaccionado a sus acciones, se cuestionaba si las enormes ondas gravitacionales podrían haber afectado las tecnologías en la Tierra, o si las grandes distancias habían sido suficientes para evitar cualquier daño. Estaba atrapado en un dilema moral y científico, sin saber si alguna vez tendría la oportunidad de corregir sus errores, preguntándose si este accidental exilio no era en realidad un regalo encubierto.

Hasta que un día, mientras exploraba la selva, encontró una piedra tallada con inscripciones en inglés. La visión de las letras lo llenó de esperanza, ya que pensó que podría estar cerca de la civilización. Sin embargo, cuando leyó su mensaje, su ánimo se desplomó. En ella estaba inscrito:

*"El egoísmo de las especies supremas puede más que centurias de evolución,
el materialismo consumirá generaciones de madres protegiendo a sus crías.
Todos los poemas de amor serán devorados por encíclicas de supremacía y control.
La esperanza de nuestras nobles almas tal vez sea un recuerdo
para un nuevo pulso..."*

- S.R.

En la parte trasera, se encontraba tallado un dibujo de un monolito con una flecha que apuntaba hacia arriba. Para Xavier, que solía ser un científico meticuloso, este descubrimiento lo hacía sentir como si estuviera perdiendo la razón. Sin embargo, se dejó guiar por la dirección indicada por la flecha, lo que finalmente lo condujo hasta el propio monolito. Estableciendo su campamento en las cercanías, Xavier pasaba horas cada día observándolo. Durante un largo período de tiempo, advertía cómo las fases de la Luna se sucedían una tras otra hasta que finalmente, una noche antes de quedarse dormido, notó que sus tenues rayos encajaban perfectamente en el orificio del monolito. Este acontecimiento desencadenó en él una sensación inexplicable, una corazonada que lo impulsó a caminar en la dirección que marcaban los rayos lunares. Finalmente, se topó con una pequeña pirámide escalonada, escondida en medio de la selva y parcialmente cubierta por la vegetación. Al inspeccionarla más de cerca, notó inscripciones que formaban la palabra "Ixchel", un término desconocido para él. Para poder seguir leyendo, comenzó a quitar el musgo de uno de los escalones inferiores y notó que una de las piedras estaba inusualmente suelta. Para su asombro, cuando la sacó cuidadosamente encontró algo que lo dejó atónito: un cordón rojo con dos nudos en el centro que sostenían un dije azul adornado con dos espirales.

